

NEW LEFT REVIEW 98

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2016

EDITORIAL		
SUSAN WATKINS	Nuevas oposiciones	7
ARTÍCULOS		
LUC BOLTANSKI Y ARNAUD ESQUERRE	La vida económica de las cosas	37
JOE TRAPIDO	El juego del poder en Kinsasa	65
ZÖE SUTHERLAND	Conceptualismos globales	91
SUHAS PALSHIKAR	El hombre común de la India	125
CRÍTICA		
NEIL DAVIDSON	Un filósofo escocés	143
DAVID LAU	La poética de la resistencia	154
IAN BIRCHALL	La capital de los parias	169

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

JOE TRAPIDO

EL TEATRO DE PODER EN KINSASA

KINSASA ES UN anfiteatro natural¹. Los distritos más antiguos y acomodados de la ciudad se asientan sobre un «escenario» plano de arcilla y arena gris de aluvi3n junto al río Congo. Los suburbios poscoloniales, en su mayor parte áreas urbanas hiperdegradadas, han crecido sobre el terreno rojizo y tendente a la erosión que formaría el «estrado», el anillo de colinas que rodean esta llanura. Desde un mirador en el centro de Kinsasa, situándonos de espaldas al río, la arena parece que sólo tiene un lado, pero desde las colinas se pueden ver ambos lados en un día claro. Al otro lado del río está Brazzaville, capital de la República del Congo. No hay en el mundo dos capitales que se encuentren tan cerca la una de la otra, separadas sólo por el gran río y ubicadas en una puerta natural entre la cuenca del Congo y el Océano Atlántico². Más abajo de Kinsasa, el río Congo desciende en una serie de rápidos, y sólo vuelve a ser navegable en Matadi, a 600 kilómetros de distancia.

¹ Esta imagen proviene de Léon de Saint Moulin, *Villes et organisation de l'espace au Congo (RDC)*, Tervuren, 2010, p. 244. El autor querría mostrar su agradecimiento a Saint Jose Inaka Bokulaka, Ian Phimister y Carlos Sardiña.

² Congo-Brazzaville fue colonizado por los franceses; su vecino, mucho mayor, la República Democrática del Congo, era un territorio belga durante la época del imperialismo. Aunque siempre ha habido intercambio entre las dos orillas del río, los periodos colonial y poscolonial han dado a cada una de ellas historias muy diferentes, acrecentando la distancia psicológica entre las ciudades. Brazzaville, que un día fue la más pacífica y eficiente de las dos, se ha visto golpeada en tiempos recientes por las abundantes reservas energéticas en su costa, viéndose absorbida por el torbellino de las grandes corporaciones petroleras. Aunque el conflicto en la RDC tiende a no afectar a Kinsasa, Brazzaville normalmente se ve castigada por los combates. Varias elecciones recientes han terminado en tiroteos en las calles de la capital entre diversas bandas de jóvenes que representan a las principales facciones: Remy Bazernguissa-Ganga, «Les “guerres électorales” et les mobilisations violentes au Congo-Brazzaville», en Kadya Tall et al., (eds.), *Collective Mobilisations in Africa*, Leiden, 2015.

Un tema recurrente en la historia de la ciudad ha sido la incapacidad de atraer a su órbita grandes porciones de la cuenca del Congo. En distintos momentos (especialmente durante los primeros años de la década de 1960 y después de la caída del régimen de Mobutu, en 1997) el Estado con capital en Kinsasa ha ejercido un control muy limitado sobre gran parte del país, constituyendo solo un polo entre muchos otros para la circulación de mercancías hacia la economía global. Las regiones congoleñas orientales pasaron a ser los feudos de barones rebeldes, que a menudo eran teóricamente comandantes en el ejército nacional, y que jugaban un juego complicado, haciendo equilibristismo entre los distintos centros de poder. Pero por muy débil que fuera su control sobre el interior, Kinsasa siempre ha mantenido su posición de primera entre iguales. Cualquiera que logre gobernar en la capital será reconocido como soberano. Y la soberanía asegura a quien la detenta recursos significativos: ayudas y créditos; rentas de enclaves industriales (por muy débiles que sean); un veto sobre con quién puede negociar el capital multinacional; la potestad de expedir pasaportes y visados; votos que negociar en Naciones Unidas: todos estos factores mueven la balanza en favor de Kinsasa sobre sus rivales. El corolario de todo esto es que la «política nacional» normalmente ha supuesto, antes que nada, controlar la capital, lo cual se refleja en (y se ve impulsado por) un extraordinario narcisismo creativo que inunda la ciudad³. La mayor parte de los políticos «nacionales» han sido, en el fondo, algo más pequeños y más espléndidos: hábiles jugadores en el escenario íntimo de la ciudad, patrocinadores de músicos y futbolistas, repartidores de generosidad a manos suplicantes desde las ventanillas de sus coches y protagonistas de romances con bellezas explosivas; se los ve sentados en bares al aire libre, bebiendo cerveza fría y comiendo rodajas de bagre al vapor con caldo y chile, mientras prestan poco interés por los asuntos generales.

Más allá del mundo de la política formal, unas identidades forjadas por la música, la religión o las redes de actividad económica informal a menudo han preservado y reconfigurado ideas de intercambio y solidaridad, permitiendo a los *kinois* [habitantes de Kinsasa] mantener un poco de orden al borde del vacío⁴. Ejemplos de esta solidaridad pueden encontrarse en todas partes en una ciudad que ha sido más pacífica y

³ Filip de Boeck y Marie Plissart, *Kinshasa: Tales of the Invisible City*, Tervuren, 2004, pp. 53-54.

⁴ Theodore Trefon (ed.), *Reinventing Order in the Congo: How People Respond to State Failure in Kinsasa*, Londres, 2004.

se ha alimentado mejor de lo que cabría esperar, dada su terrible situación económica. Durante gran parte de la década de 2000, los niveles de malnutrición severa en la ciudad eran comparativamente bajos, a pesar de los enormes problemas en el suministro de alimentos. El sida se identificó en Kinsasa antes que en ningún otro lugar del mundo, pero los índices de infección son allí más bajos que en los países de alrededor (y mucho más bajos que en África del Sur). El tejido social de la ciudad, relativamente cohesionado, puede haber contribuido a ello, así como la actitud madura de los *kinois* hacia el placer: de las locas historias sobre sida y condones que uno oye en Sudáfrica no hay aquí ni rastro. La tenencia privada de armas es rara; aunque la inseguridad ha aumentado en años recientes, en gran parte de la ciudad todavía puedes regresar seguro a casa caminando después del anochecer, mientras los cambistas de divisas se sientan tranquilamente a pie de calle con miles de dólares a la vista de todos⁵. A continuación, trataré de rastrear los orígenes y el desarrollo de Kinsasa, desde el periodo precolonial hasta la posición que ocupa hoy como una de las megaciudades de África, un centro de resistencia política y un vibrante núcleo cultural, cuyos habitantes tienen un papel crucial que jugar en el incierto futuro del Congo.

Orígenes y crecimiento

Los primeros pobladores de Kinsasa llegaron en busca de pescado y de tierras fértiles. El crecimiento de la economía mundial en los siglos XVIII y XIX propició un aumento de la actividad económica por toda África central y el área donde hoy se levanta la ciudad se convirtió en un gran mercado: el nombre de sus principales habitantes precoloniales, los *bateke*, deriva del verbo «vender». Se calcula que por entonces la protociudad llegó a albergar a hasta 30.000 habitantes⁶. A finales del siglo XIX llegaban habitualmente cargamentos de caucho, marfil y esclavos procedentes del curso alto del río Congo. Entonces, al igual que ahora, otros polos de atracción alejaron el comercio de Kinsasa: esclavistas musulmanes que hablaban suajili, cuyas redes financieras llegaban hasta lugares tan distantes como Gujarat y que comerciaban con bienes hacia el este, hacia el Océano Índico, habían establecido puestos de

⁵ Esta solidaridad social tiene un lado oscuro: los bajos índices de criminalidad tienen algo que ver con el destino que los *kinois* les reservan a los pequeños ladrones (si son capturados, se enfrentan a palizas severas y hasta fatales).

⁶ L. de Saint Moulin, *Villes et organisation de l'espace au Congo (RDC)*, cit., p. 217; Charles Didier Gondola, *Villes miroirs: Migrations et identités urbaines à Kinshasa et Brazzaville, 1930-1970*, París, 1996, p. 31.

avanzada que cubrirían más de la mitad del área que se convertiría en la moderna RDC⁷. Los altos precios del marfil y el caucho en el mercado mundial subsidiaban el transporte interno de esclavos, mientras que las dinámicas de la guerra y el comercio aumentaban la exigencia de que los no emancipados trabajaran, se casaran o fueran sacrificados dentro de la economía ritual.

El primer asentamiento europeo en la zona lo estableció Henry Morton Stanley en 1881, como parte de su gran misión para reclamar el Congo en nombre del rey belga Leopoldo II. Stanley dejó la embrionaria Léopoldville en manos de su joven discípulo Anthony Swinburne. En 1884, Swinburne tuvo que enfrentarse al explorador italiano Savorgnan de Brazza, que actuaba en nombre de Francia. Brazza se vio forzado a limitar sus ambiciones a la ribera opuesta del río, y se preservó una cabeza de puente vital para el proyecto de colonización de Leopoldo⁸. Los oficiales belgas pronto tomaron el control de la ciudad en crecimiento, mientras se constituía el Estado Libre del Congo. En 1898 se completó, con un alto coste en vidas humanas, la línea férrea entre Léopoldville y el puerto de Matadi, que evitaba tener que transportar las mercancías a pie río abajo hasta superar los rápidos.

Si bien es cierto que la geografía política de Kinsasa sigue conformada de acuerdo con imperativos precoloniales, su demografía marca una profunda ruptura con aquel mundo. Muy poco tiempo después de que comenzara el asentamiento europeo, los antiguos habitantes de la zona, los *teke* y los *humbu*, fueron desplazados por otros grupos, lo cual vino acompañado de una catastrófica caída generalizada de la población, que afectó a todo el África central en la era victoriana tardía: es posible que la enfermedad del sueño redujera la población del bajo Congo hasta en un 85 por 100 entre 1899 y 1907⁹. En la primera época de la ciudad colonial, los africanos recién llegados tendían a provenir del bajo Congo, de habla *kikongo* (el área comprendida entre Kinsasa y el mar), o bien de las áreas boscosas localizadas río arriba. Entre estos últimos, muchos eran reclutados para la *force publique*, el ejército colonial belga, donde la lengua

⁷ William Gervase Clarence-Smith, *The Economics of the Indian Ocean Slave Trade in the Nineteenth Century*, Londres, 1989; Robert Harms, «The World Abir Made: The Margina-Lopori Basin, 1885-1903», *African Economic History*, núm. 12, 1983; François Renault, *Tippo Tip: Un potentat arabe en Afrique centrale au xixe siècle*, París, 1987.

⁸ David van Reybrouck, *Congo: The Epic History of a People*, Londres, 2013, pp. 49-52.

⁹ Isidore Ndaywel é Nziem, *Histoire générale du Congo. De l'héritage ancien à la République Démocratique*, París, 1998, p. 343.

franca era una especie de *bobangi* simplificado. Esta lengua, apodada como *lingala*, pasó a convertirse en el argot de la ciudad, lo cual puede explicar por qué la política de la identidad, aunque tenga su importancia, se antoja mucho más débil en la Kinsasa de hoy que en muchas ciudades africanas. El matrimonio interétnico es la norma. Prácticamente nadie reclama la ciudad como su exclusivo terreno ancestral; y los *kinóis* raras veces hablan la lengua de sus antepasados. Un *lingala* realmente vulgar y con francés entremezclado es el sello de la sofisticación metropolitana.

El Estado belga asumió el control de la colonia privada de Leopoldo poco antes de la Primera Guerra Mundial, coincidiendo con el paso gradual del período criminal y explotador del «caucho rojo» a un sistema más ordenado de especulación basado en la vasta riqueza mineral del Congo. Léopoldville cumplía una función dual en la economía colonial. Aunque principalmente era un centro para la exportación de materias primas hacia el mundo exterior, siendo los ferrocarriles y los barcos de vapor una gran fuente de empleo para los habitantes de la ciudad, la manufactura para el mercado interno también despegó y los textiles y las cerveceras se convirtieron en industrias importantes. Las Huileries du Congo Belge (HCB), de William Lever, combinaban ambos aspectos: las extensas plantaciones de aceite de palma de la compañía –más grandes que la propia Bélgica y bien conocidas por su brutalidad– enviaban su cosecha a través de Léopoldville, donde se preparaba para la exportación; las fábricas de HCB también producían jabón para consumo local. Sin embargo, la mercancía más valiosa del Congo, el cobre, se producía en la provincia sudoriental de Katanga y no pasaba por Kinsasa, sino que se desviaba hacia el sur: primero, a través de los territorios británicos de África del Sur y, después, por la vía del ferrocarril de Benguela, hacia Angola. Ello estableció una pauta de desarrollo mediante la cual la gran gallina de los huevos de oro del Congo quedó semiescindida del resto de la colonia, para unirse en parte al complejo minero británico, cuyo corazón estaba en el Rand sudafricano; un fenómeno que contribuyó en gran medida a las tendencias secesionistas del Estado moderno¹⁰.

En 1926, Léopoldville reemplazó a Boma como capital del Congo belga. Durante el periodo de entreguerras la población de la ciudad se duplicó, hasta llegar a los 50.000 habitantes; en 1959 alcanzaría los 300.000,

¹⁰ Ch. D. Gondola, *Villes miroirs*, cit., pp. 66-67. El territorio del Congo es tan vasto que la capital de Katanga, hoy llamada Lubumbashi, es geográficamente equidistante entre Pretoria y Kinsasa.

entre ellos 25.000 colonos europeos¹¹. Este ritmo de expansión no se contuvo a pesar de los controles, similares a los del *apartheid*, impuestos sobre el libre movimiento en los distritos rurales, que pretendían garantizar la existencia de regímenes de trabajo forzado: con regularidad se barría la ciudad para expulsar a quienes no tuvieran permisos de estancia, pero siempre llegaban nuevos residentes a ocupar su lugar¹². La ciudad colonial se convirtió en el centro de una pujante cultura musical, influenciada por estilos importados del otro lado del Atlántico. También fue testigo de los primeros movimientos políticos entre la población africana del Congo, a medida que el desafío al régimen colonial fue ganando en intensidad en las décadas de posguerra. Tras haber rechazado durante largo tiempo las exigencias de una mayor autonomía, Bruselas cambió repentinamente de rumbo a principios de 1959, después de que estallara una serie de disturbios cuando la gente salía de un partido de fútbol en el estadio Rey Balduino de Léopoldville, provocando una espiral de desórdenes que fueron reprimidos por el ejército belga con un coste de varios centenares de vidas congoleñas. Sin embargo, la interferencia extranjera no cesaría: mientras el Congo se dirigía a la independencia, Bélgica y Estados Unidos trabajaron incesantemente para minar el gobierno de Patrice Lumumba, cuyo derrocamiento hundió al nuevo Estado en la guerra civil¹³.

Capital de la oposición

En 1965, en medio del caos que caracterizó la primera época post-colonial, Mobutu Sese Seko se hizo con el poder por medio de un golpe de Estado, ofreciendo a la calle congoleña un respiro de las mascaradas de los «políticos» y los «intelectuales» que, se decía, estaban hundiendo el país. Léopoldville fue rebautizada como Kinsasa en 1966; el propio Congo pasó a llamarse Zaire cinco años después. La apuesta de Mobutu para ganarse el favor popular se basaba en parte en sus credenciales como seguidor del equipo de fútbol de Kinsasa Vita Club –cuyos iracundos hinchas habían precipitado la llegada de la independencia seis años antes–, así como de la gran banda de música OK Jazz. Ambos eran

¹¹ D. van Reybrouck, *Congo: The Epic History of a People*, cit., pp. 164, 249.

¹² Las restricciones a la migración interna en el Congo belga estaban entre las más estrictas que se han visto nunca. Las religiones mesiánicas que surgieron en el periodo de entreguerras repartían documentos para acceder al cielo, lo que da una idea del grado de control –tanto físico como mental– que llegó a ejercerse sobre una población antaño mayormente nómada.

¹³ Joe Trapido, «El gigante desbordado de África», *NLR* 92, marzo-abril de 2015.

muy populares entre los *bills*, jóvenes hombres *kinois* de barrios pobres que adoraban las películas del Oeste: vestían camisetas a cuadros, montaban «a caballo» en bicicleta (a veces con lazos), se peleaban a puñetazo limpio y se comunicaban con un extravagante vocabulario alternativo de cosecha propia, conocido como *hindou-bill*¹⁴. La música se había convertido en un aspecto central de la identidad de una ciudad atravesada por redes de patronazgo y solidaridad, honor y obligación. Las letras de las canciones del momento estaban tachonadas con los nombres de la elite de Kinsasa: en ellas aparecía el de Patrice Lumumba, así como los de los rivales que acabarían con él, los de poderosas mujeres comerciantes, amantes, hombres de negocios, propietarios de bares y vendedores de muebles. El nombre que aparecía con más frecuencia, por supuesto, era el del propio Mobutu. La música, la danza y la vestimenta eran las expresiones más prominentes de *authenticité*, es decir, de ese tradicional culto a la personalidad –ese sucedáneo– que su régimen cultivaba. La nueva clase dirigente de la ciudad patrocinaba estas *performances* culturales; el arte de alabar a los poderosos por dinero fue ganando más y más fuerza. La zairización y este redescubrimiento de la tradición del halago mediante cánticos fueron de la mano con el reparto de los activos de propiedad extranjera de tamaño medio entre individuos influyentes del régimen, revestido de la retórica del nacionalismo popular.

Durante las últimas etapas del largo reinado de Mobutu, Kinsasa se convirtió en el centro de oposición a su régimen, condición que mantendría bajo los mandatos de Laurent y Joseph Kabila. Hasta mediados de la década de 1970, casi todo había ido según los deseos de Mobutu, hasta el punto de que las únicas posibles bases de contestación (rebeliones en el interior, estudiantes radicales, barones conspiradores) parecían haber sido barridas del mapa. Pero entonces la racha ganadora de Mobutu llegó a su fin, cuando una serie de contratiempos destruyeron su aura de líder competente. Los problemas eran tanto de naturaleza económica (la caída de los precios del cobre, la inflación, el descenso pronunciado del PIB) como política (una aventura militar en Angola que fue una farsa, seguida de una invasión de Katanga por parte de rebeldes exiliados que solo pudo repelerse con ayuda extranjera)¹⁵. En los primeros años de la dictadura, la base manufacturera heredada del régimen colonial había logrado preservarse e incluso expandirse hasta cierto punto:

¹⁴ F. de Boeck y M. Plissart, *Kinshasa*, cit., pp. 36-40.

¹⁵ Crawford Young y Thomas Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, Londres, 1985, pp. 376-390; I. Ndaywel é Nziem, *Histoire générale du Congo*, cit., pp. 714-749.

tanto Goodyear, Renault, British Leyland como General Motors establecieron fábricas en la ciudad durante la década de 1960. Esta tendencia se revirtió cuando los generosos préstamos del extranjero al régimen de Mobutu se secaron de pronto, la zairización sembró el caos en la economía local y el colapso de la producción agrícola en el interior congoleño golpeó duramente el papel de Kinsasa como intermediaria para el mercado mundial. Las redes de transporte empezaron a desintegrarse: en un cierto punto desapareció incluso la conexión por carretera entre la principal ciudad del Congo y Kikwit, la capital de la provincia vecina.

En 1977 Mobutu anunció que el último de los «mandatos» quinquenales del régimen permitiría elecciones con diferentes candidaturas para el puesto de «comisarios del pueblo»¹⁶. Se trataba de una innovación de la que el dictador se arrepintió y se retractó tan pronto como pudo, pero para entonces su suerte estaba echada. Aunque todos los comisarios provenían de la cuadra mobutista, ahora poseían mandatos reales y empezaron a plantear cuestiones problemáticas. Entre ellos, los que mostraron más determinación fundarían luego el UDPS (Union pour la Démocratie et le Progrès Social) bajo el liderazgo de Etienne Tshisekedi, que había sido uno de los jóvenes tecnócratas favoritos de Mobutu en la década de 1960. Mientras a otros líderes se los pudo tentar o disuadir con sobornos y amenazas, Tshisekedi se mantuvo firme, y su domicilio, en el distrito central de Limete, se convirtió en un símbolo de resistencia. El núcleo de toda esta energía política estaba en Kinsasa: a diferencia de lo que sucedía en la segunda ciudad del país, Lumumbashi, allí la oposición no estaba fracturada conforme a parámetros étnicos¹⁷.

El fracaso de la oposición radicada en Kinsasa se debía en parte a la habilidad de Mobutu para manipular a sus oponentes, muchos de los cuales eran simples oportunistas; igualmente importante fue la reticencia de los líderes occidentales a ofrecer cualquier tipo de asistencia

¹⁶ Estos absurdos rituales plebiscitarios jugaron un importante papel en el teatro político mobutista. Luambo Makiadi, el gran músico y cortesano del régimen, sacó un single de campaña en 1982 titulado *Candidat na Biso Mobutu* («Nuestro candidato Mobutu»). La cara B del disco reproducía simplemente la cara A: esta era la más sutil de las indirectas con respecto a la integridad del ejercicio, de quien, por lo demás, era un entusiasta partidario del régimen.

¹⁷ Mobutu fue posiblemente reticente a jugar con las divisiones étnicas en la capital, sabiendo que «su» gente, los *bangala* —una minoría privilegiada pero que se sentía profundamente agraviada— probablemente se llevaría la peor parte en caso de violencia comunal. Si bien es cierto que el dictador provocó repetidamente este tipo de conflagraciones en otras partes del país, cuando en la propia Kinsasa estuvo al borde de hacerlo al final se contuvo.

a líderes que, como Tshisekedi, respondían ante un sector popular. Tampoco ayudaron nada los sesgos intelectuales del liderazgo opositor, cuyos miembros provenían de grupos sociales que habían dado inicialmente la bienvenida a Mobutu: abogados, clérigos y antiguos diputados mobutistas. Todos vieron en su enorme respaldo popular una fuente de legitimidad, pero no una vía para alcanzar el poder¹⁸. A finales de la década de 1980, ninguno de los líderes del régimen se atrevía a aparecer en las calles de Kinsasa sin una guardia armada. Mientras, el liderazgo opositor siguió canalizando el descontento popular hacia un marco pseudolegalista. Cuando el dictador fue forzado a negociar con ellos, en varias ocasiones se pidió a Tshisekedi y a sus aliados que formaran un gobierno, pero a los pocos meses fueron puestos de patitas en la calle. Mientras Mobutu controlase los recursos del Estado y su maquinaria de represión, no toleraría nada que cuestionara sus intereses fundamentales. Cuando los saqueos masivos estallaron en 1991, una gran multitud de *bana tshangu* (*kinois*, procedentes de los vastos barrios hiperdegradados de Masina y Kimbanseke, que se contaban entre los más pobres y agresivos habitantes de la ciudad) se plantaron ante la casa de Tshisekedi en Limete, para implorarle que marchara con ellos hasta la *primature* y tomara el poder. Tshisekedi se limitó a decirles que se fueran a casa¹⁹.

Para cuando Laurent Kabila y sus aliados ruandeses barrieron al antiguo régimen en 1997, Tshisekedi había sido completamente integrado en el salón de los espejos *kinois*. Permitió que Mobutu lo volviera a nombrar primer ministro justo un mes antes de que el dictador huyera del país para no volver. Con Kabila ya instalado en Kisangani, Tshisekedi trató de ofrecerle puestos importantes en un gobierno de unidad nacional. Mobutu mostró su disgusto cesando a Tshisekedi, cuando no había pasado ni una semana desde su toma de posesión; Kabila, en una posición de fuerza, no veía razón alguna para negociar con sus viejos enemigos. Una vez en el poder, ridiculizó a la oposición civil de Kinsasa, tachándola de colaboracionista. Se trataba de un sinsentido interesado, pero no cabe duda de que con su contemporización los jefes de la oposición perdieron

¹⁸ Lo que quedaba de los movimientos más radicales que habían apoyado los levantamientos de la década de 1960 se mantuvieron expectantes desde la otra orilla del río en Brazzaville, pero solo Antoine Gizenga y su *Partie d'Action Lumumbiste* (PALU) lograron construir algún tipo de base popular dentro del país; además, como comprobaron otros *kinois* que trataron de unirse al PALU, el partido era en realidad un feudo étnico para el propio grupo de Gizenga, los *pende*, cuya base de apoyo estaba obsesionada con los poderes mágicos de su anciano líder.

¹⁹ Los disturbios de principios de la década de 1990 terminaron con lo que quedaba de la base industrial de Kinsasa cuando la planta de General Motors en Masina fue reducida a cenizas.

un tiempo precioso y una oportunidad histórica, abriendo las puertas a los señores de la guerra provenientes del este. Los *kinois* no tuvieron que sufrir los peores horrores del conflicto que siguió al derrocamiento de Mobutu, pues los estragos se concentraron sobre todo en el este. En las elecciones de posguerra de 2006 y 2011, la capital votó en masa contra el hijo y heredero de Laurent Kabila, Joseph: criado en Tanzania, con un francés titubeante y prácticamente sin hablar *lingala*, Kabila *fil* era ampliamente detestado por los habitantes de la ciudad, que lo veían como un forastero oportunista²⁰.

Bailando al borde del abismo

La progresiva contracción de la economía desde mediados de la década de 1970 hasta principios de la de 2000, que culminó en la hiperinflación y la desaparición del sistema bancario, hizo que las nociones capitalistas habituales de riqueza, tiempo e incluso personalidad pasaran a un segundo plano. Lo cual tampoco llevó a los *kinois* hacia una autarquía imaginativa: de hecho, la idea de llegar a Europa se convirtió en una obsesión, tanto para los jóvenes como para la clase dirigente. Se trataba de un sueño que, sin embargo, en último término culminaba en un glorioso regreso a Kinsasa. El atractivo de la megaurbe en tanto que centro ritual quedó expresado de la forma más enérgica en la cultura de los jóvenes, que hicieron todo lo posible para salir, pero que hicieron también grandes sacrificios para regresar a ella triunfalmente, para escenificar una especie de *potlach* urbano, dispensando dinero y bienes con abandono salvaje, o incluso librándose a una destrucción teatralizada de la propiedad. Los *bana lunda*, jóvenes que partían hacia las minas de diamante en la provincia Lunda Norte de Angola, trabajaban en las condiciones más penosas y peligrosas, para luego regresar a Kinsasa a gastar sus ganancias en semanas de vida tumultuosa²¹. Otro grupo de jóvenes *kinois*, los *mikiliste* (aquellos que habían ido a *mikili* [Europa]), habían asumido altos riesgos con cheques y tarjetas de crédito fraudulentos, sólo para, de vuelta en casa, dilapidar lo recaudado de la manera más espectacular.

Desde finales de la década de 1970, los jóvenes varones *kinois* (y a veces también las mujeres) se caracterizaban por dos obsesiones: la ropa de

²⁰ El infundado rumor de que Joseph Kabila no es realmente hijo de su padre, sino un tutsi ruandés llamado Hyppolite Kanambe sigue siendo popular a día de hoy.

²¹ Filip De Boeck, «Domesticating Diamonds and Dollars: Identity, Expenditure and Sharing in Southwestern Zaire (1984-1997)», *Development and Change*, vol. 29, núm. 4, 1998.

diseño y la música. Su obsesión por la elegancia jugaba con la reminiscencia del pulcro funcionario trajeado, que había representado un ideal social para la generación precedente, antes de que el colapso de la economía formal dejara sin sentido los conceptos de tiempo, disciplina y ahorro²². Escapando a las categorías fáciles de la resistencia o del consumismo, el *sapeur* [dandi local] parece resplandecer con significados que van más allá de la comprensión del observador occidental, con sus monturas de Cartier con cristales claros, sus faldas escocesas de Gaultier y sus paraguas de Hermès abiertos bajo techo. La ropa de diseño robada en Europa se convirtió en una especie de moneda social. A veces los trajes llegaban a enviarse como remesa, para ser vendidos a mitad de precio en un sistema de intercambio basado en el extraordinario grado de erudición de los *connoisseurs kinois*: los niños de la calle te podían decir el precio del momento de un par de pantalones de Versace.

El traficante de heroína e icono de la moda Adrien Mombele (más conocido como Stervos Niarcos, nombre de un magnate y armador griego) se convirtió en un emblema para la generación que creció en la década de 1970. Hijo de Pierre Mombele, un noble *bateke* que formó parte del círculo íntimo de Mobutu, Niarcos no se crió en la penuria material. Sin embargo, su estatus icónico le debe todo a esa coyuntura. Después de dos generaciones de crecimiento económico, los jóvenes se daban cuenta de que sus perspectivas eran inmensamente peores que las de la época de sus padres. Para los *kinois* con el carácter requerido, la delincuencia ofrecía una vía de escape al erial económico que les habían legado sus progenitores. Tras graduarse en fumar hachís con los duros del barrio, Niarcos hizo contactos entre personajes del hampa en Brazzaville, al otro lado del río, donde participó en atracos y descubrió el culto por los trajes de diseño.

De vuelta en Kinsasa, el lugar más frecuentado por Niarcos y su gente era el «Village Molokai», un complejo en el distrito de ocio de Matongé propiedad del músico Papá Wemba. Niarcos se convirtió en una estrella a través de menciones en canciones pop que él pagaba con ropa robada de Europa. Poco a poco el propio dinero terminó predominando como la moneda elegida por los escritores de canciones. En la década de 1990, cuando las ventas de discos se hundieron, los miembros más jóvenes de

²² Los orígenes del fenómeno *sapeur* hay que buscarlos en Brazzaville, al otro lado del río; los estudios clásicos sobre su génesis sociológica están contenidos en los dos volúmenes de Justin Gandoulou, *Dandies à Bacongo. Le culte de l'élégance dans la société congolaise contemporaine*, París, 1989, y en *Au coeur de la sape. Moeurs et aventures des congolais à Paris*, París, 1989.

la élite política, superestrellas del fraude con cheques girados en París o Londres, así como traficantes de diamantes emigrados empezaron a invertir en este sistema de prestigio, transformando los discos pop en una especie de almanaque social. Las bases económicas en las que flotaba la música y el dandismo hace tiempo que se habían desmoronado: los golpes policiales en Europa habían desviado el centro de gravedad de los defraudadores congoleños hacia el este asiático o hacia el propio sector financiero africano, ahora floreciente. Actualmente hay un abismo entre la pequeña delincuencia y los saqueos de la élite, mientras los nombres de la diáspora congoleña hace mucho que ya no figuran en la canción popular, donde sólo brillan las luminarias de la clase política.

Huida a la ciudad

Durante los años de Mobutu la población de la capital se incrementó de forma espectacular. Los cálculos actuales la sitúan entre los siete y los nueve millones de habitantes, y se espera que Kinsasa alcance los dieciséis millones en 2025, convirtiéndose, por encima de Lagos y El Cairo en la mayor ciudad de África. Gran parte de este crecimiento, especialmente desde la década de 1990, ha sido endógeno: la ciudad tiene una alta tasa de natalidad y la población congoleña en su conjunto ha venido creciendo de manera continuada durante el mismo periodo, de veinte millones en el momento de la independencia a alrededor de sesenta y siete millones a día de hoy. Pero Kinsasa, al igual que otras ciudades congoleñas, ha crecido a un ritmo muy superior a la media nacional, gracias en gran medida al éxodo desde el campo. Los *kinois* más ricos manifiestan que los migrantes rurales han venido a la ciudad movidos por razones frívolas. Es cierto que, durante los primeros años de la independencia, algunos políticos hicieron promesas poco realistas a los electorados rurales en materia de empleos en la capital. También es cierto que Kinsasa ejerce un influjo místico formidable para el resto del país. La poderosa industria cultural de la ciudad ha atraído a muchos bajo su hechizo: con frecuencia se puede oír a los jóvenes rurales expresándose en *lingala* con las cadencias del argot. Sin embargo, hay otros factores mucho más importantes. Tal y como han mostrado recientes estudios médicos, en casi cualquier indicador (acceso a los cuidados sanitarios, a la nutrición, a la educación) los pobladores urbanos de Kinsasa se encuentran en mejor situación que sus homólogos de las zonas rurales²³. Las implosiones económicas en las áreas rurales,

²³ *Deuxième Enquête Démographique et de Santé*, EDS-RDC II 2013-2014; Jason Stearns, «What socio-economic data tells us about sexual violence, *découpage* and living conditions in the Congo», *Congo Siasa Blog*, 27 de marzo de 2015.

tales como el colapso de la agricultura de plantación y, más recientemente, la caída en el precio de los diamantes, han alentado la huida del campo²⁴.

La violencia también ha sido un estímulo crucial. Los controles sobre la migración interna se vinieron abajo después de la independencia, y las sucesivas olas de conflicto en los años inmediatamente posteriores a la misma llevaron a muchos a huir de Kinsasa. En tiempos más recientes, soldados con pagas pendientes empezaron a rondar por el campo sin control y la actividad económica se consolidó en torno a redes de estilo mafioso²⁵. Estas tendencias culminaron en la guerra de 1997-2006, acelerando el éxodo del Congo rural, si bien fueron los centros urbanos del este los que atrajeron al mayor número de refugiados de guerra. Una forma de violencia de tipo más rutinario continúa llevando a la gente hacia la capital a día de hoy. A menudo las mujeres han sufrido la peor parte de esta brutalidad cotidiana. El estudio médico citado anteriormente reveló niveles muy altos de violencia sexual por todo el país, siendo los índices más bajos los de Kinsasa y el bajo Congo. Aunque la dimensión del problema generalmente se atribuye a la guerra, los niveles más altos de violencia sexual reportada se dieron de hecho en Kasai-Occidental, una provincia que se mantuvo relativamente pacífica durante la mayor parte de las décadas de 1990 y 2000. En general, las mujeres de las áreas rurales sufrieron mucho más que las que vivían en las ciudades²⁶.

La opresión de género ha sido durante mucho tiempo un estímulo para la migración: durante los años de la colonia, jefes designados por el Estado –hombres adinerados en áreas por otra parte empobrecidas– pagaban el excrec [o «precio de la novia»] por todas las mujeres disponibles de un distrito. Las mujeres desempeñaban gran parte del trabajo en el campo y también podían ser «prestadas» a hombres más pobres, o revendidas a precios monopolísticos. A pesar de los grandes empeños de las autoridades coloniales para impedirlo, las mujeres abandonaron a estos déspotas en miniatura y huyeron a la ciudad en gran número, a menudo para encontrarse sin medios legales de apoyo en el nuevo ambiente urbano. Las relaciones fugaces y remuneradas con hombres pasaron a ser una opción profesional para ellas; las más exitosas tuvieron muchos amantes,

²⁴ C. Young y Th. Turner, *Rise and Decline of the Zairian State*, cit., pp. 309-323.

²⁵ William Reno, *Warlord Politics and African States*, Londres, 1998; Timothy Raeymaekers, «Protection for Sale? War and the Transformation of Regulation on the Congo-Ugandan Border», *Development and Change*, vol. 41, núm. 4, 2010.

²⁶ EDS-RDC II 2013-2014, cit., pp. 311-313.

formaron clubs de ahorro que se reunían en bares y se convirtieron en iconos de la moda y de la música popular. Esto generó un pánico moral a ambos lados de la frontera racial, dando lugar a leyes que prohibían la poligamia e imponían tributos a las «mujeres teóricamente solteras» en áreas urbanas. El matrimonio, por otro lado, se definía en oposición a la sexualidad pública, que se asociaba a espacios como el bar y la calle: la *ndumba*, una especie de prostituta o cortesana que existía al margen de la economía basada en el linaje y en la dote, contrastaba con la *mwasi ya libala*, la mujer candidata al matrimonio²⁷.

Una casta de cortesanas de alto nivel sigue siendo una de las características a destacar en la moderna Kinsasa. Esta categoría incluye a muchas mujeres que operan en el dominio público: periodistas, propietarias de bares, músicas y miembros de clubs de ahorro de perfil elevado. Estas figuras disfrutaban del prestigio de lo escandaloso; la búsqueda enérgica del voto cortesano ha sido una de las facetas más amables de las recientes pugnas electorales. Con todo, la libertad de las mujeres *kinois* sigue viéndose restringida por la convención social y el contraste entre la «hija del hogar» (*mwana palais*) y la «hija de la calle» (*mwana libanda*) continúa gobernando la conducta femenina. Aquellas mujeres que desempeñan su actividad en público pueden ser clasificadas como *ndumba* por defecto.

Malestar creciente

El crecimiento de la ciudad ha tensado enormemente la infraestructura de su entorno. La planificación urbanística del Estado se detuvo de manera efectiva cuando los belgas se marcharon. En el periodo que siguió a la independencia la autoridad de planificación de Kinsasa elaboró una serie de programas con la ayuda de la Mission Française d'Urbanisme (MFU), una agencia gubernamental francesa. Estos programas anticiparon un incremento de los automóviles en propiedad mayor de lo que era realista suponer, mientras que, por otro lado, no supieron prever el gran aumento de población que tendría lugar. Mientras que la MFU se inclinó por construir por parte de empresas francesas varios bloques de pisos en el centro de Kinsasa (con el consiguiente aumento de la deuda pública de Zaire), de lo que se prometió en los planes poco más llegó a

²⁷ Nancy Rose Hunt, «Noise over Camouflaged Polygamy, Colonial Morality Taxation, and a Woman-Naming Crisis in Belgian Africa», *The Journal of African History*, vol. 32, núm. 3, 1991; Tshalika Biaya, «La culture urbaine dans les arts populaires d'Afrique: analyse de l'ambiance zaïroise», *Revue Canadienne des Études Africaines*, vol. 30, núm. 3, 1996.

materializarse, y los franceses terminaron por hacer las maletas y marcharse en 1977²⁸. Algunos otros países, como sobre todo la China maoísta, dejaron su impronta en la ciudad, principalmente en forma de monumentos. Pero en su mayor parte, el crecimiento de Kinsasa desde 1960 ha sido el resultado del trabajo caótico y no planificado de sus habitantes. La edad de los asentamientos se puede calcular fácilmente por la altura de los árboles de mango y aguacate que plantaron los primeros pioneros²⁹.

La segregación económica es más relajada que en muchos núcleos conurbanos del Sur global. Aunque los distritos centrales de Kinsasa tienden a ser mucho más ricos que su periferia, hay una cantidad considerable de personas pobres residiendo en casi cada área de la ciudad. Los barrios más acomodados se encuentran en Gombe, Bon Marché, Mbinza y Limete, mientras que las mayores concentraciones de pobreza se dan en el este de Kinsasa; Tshangu, una zona que incluye los distritos de Ndjili, Kimbanseke y Masina, contiene algunas de las áreas urbanas hiperdegradadas más extensas del mundo. Al otro lado del espectro social, los distritos *kinois* suelen poseer una identidad colectiva fuerte: allí la gente habla de sí misma como los *bana quartier* (literalmente, los «niños del barrio»). Los moradores de Gombe son *snoobs* que siempre prefieren hablar francés y referirse a su zona como «La Gombe»; sus homólogos de Bandal y Lemba discuten ferozmente sobre qué distrito debería llamarse el París de Kinsasa (Bandal, por la moda y la vida nocturna; Lemba, con su universidad, por los intelectuales). Los grupos pop necesitan en gran medida el apoyo de ciertas áreas a la hora de construir una base de fans³⁰. Tshangu es el distrito que posee una identidad más fuerte. En los momentos de agitación política la entrada al barrio puede quedar cortada con barricadas, y la aparición de los *bana tshangu* en el centro de la ciudad lleva consigo una gran carga insurreccional.

Los barrios que se crearon durante los años inmediatamente posteriores a la independencia fueron finalmente reconocidos por las autoridades y recibieron suministro de agua y electricidad. Políticos ambiciosos les ofrecieron su patronazgo y protección, facilitando con ello su transición hacia un estatus formal. Por supuesto, con la expansión de la ciudad

²⁸ Luce Beeckmans, «French Planning in a Former Belgian Colony: A Critical Analysis of the French Urban Planning Missions in Post-Independence Kinshasa», *OASE Journal for Architecture*, vol. 82, 2010.

²⁹ L. de Saint Moulin, *Villes et organisation de l'espace au Congo (RDC)*, cit., p. 244.

³⁰ Lo raro es que no puede decirse lo mismo de los clubs de fútbol: por toda la ciudad, la afiliación a los mismos es estrictamente aleatoria.

había algo más que ganar que una mera legitimidad populista: varias generaciones de políticos y burócratas sacaron una gran tajada de los sobornos y la especulación, a medida que las tierras públicas que rodeaban Kinsasa se iban poblando. En la década de 1980, el papel del Estado como proveedor de servicios se había atrofiado. La construcción de carreteras y las labores de mantenimiento se detuvieron; el acuerdo tácito de que los nuevos asentamientos se conectarían en algún momento a la red municipal se abandonó. La fuente principal de electricidad de Kinsasa, la gran planta hidroeléctrica de Inga, se deterioró enormemente, y su nivel de operatividad quedó muy por debajo de su capacidad plena. Mientras las subestaciones transformadoras de la red secundaria en la propia ciudad se iban deteriorando con el tiempo, la menguante oferta tuvo que hacer frente a una demanda creciente, a medida que los nuevos barrios iban puenteando con sus cables las fuentes eléctricas existentes.

En la Kinsasa actual, los funcionarios tratan de gestionar una red eléctrica que se desmorona mediante apagones localizados, que a su vez los residentes intentan burlar con más y más cables improvisados. El resultado es una maraña caótica de circuitos secundarios espontáneos y sin planificar. Los paseos nocturnos con frecuencia están iluminados por estos cables –que se conocen coloquialmente como *machopo ya courrant* (intestinos de electricidad)–, que brillan con luz roja en las calles oscuras. Aunque son bastante alarmantes, al llegar la estación de las lluvias se convierten en una verdadera amenaza, porque los charcos se pueden electrificar: el cantante Celeo dio voz a los miedos de muchos *kinois* con su estribillo *Mwana asubela courrant* («el chaval hizo pis en la corriente eléctrica»). Incluso las áreas relativamente privilegiadas de la ciudad pueden en ocasiones quedarse sin luz varios meses seguidos. Además, la madera o el carbón se usan habitualmente para tareas que requieren gran cantidad de energía, tales como cocinar, con las previsibles consecuencias que ello lleva aparejado en términos de contaminación del aire y deforestación del campo. Lo incongruente de esta situación, en un país que cuenta con algunas de las presas hidroeléctricas más potentes del mundo, es bien conocida por los *kinois*. También el suministro de agua se ha vuelto notablemente irregular, especialmente en las tierras altas, donde la gente deja el grifo abierto toda la noche con un cubo debajo, esperando el ansiado hilo o unas meras gotas.

Sería erróneo pintar un cuadro de decadencia sin paliativos en la infraestructura de Kinsasa, ya que los últimos quince años han conocido una

especie de crecimiento asimétrico. La red de carreteras ha empezado a recuperarse, después de haber alcanzado un punto a principios de la década de 2000 donde las superficies habían desaparecido por entero en muchas áreas³¹. Las carreteras siguen siendo extremadamente pobres en los barrios residenciales, pero las principales arterias se han transformado con la ayuda de préstamos concedidos en condiciones favorables por parte de los chinos. Se ha inaugurado un limitado servicio municipal de autobús, que cubre rutas frecuentadas por las nuevas carreteras en horas punta. Las redes de telefonía móvil se han expandido exponencialmente, con la consiguiente inyección de ingresos públicos y la creación de oportunidades de trabajo para muchos *kinois* corrientes en el campo de la venta de crédito telefónico.

Rehaciendo Kinsasa

El área más rentable en términos de desarrollo urbano, con todo, ha sido la construcción de viviendas, algo que al ciudadano medio no le ha ayudado mucho³². Desde la década de 1980 en adelante, el precio de la propiedad inmobiliaria fue subiendo, a medida que se dismantelaba la regulación del sector. Esta tendencia comenzó en los barrios céntricos, donde las restricciones legales a la cuantía de los depósitos se derogaban subrepticamente mediante pactos *ad hoc*, al igual que la prohibición de dolarizar los contratos de alquiler. A principios de la década de 1990, el alquiler y el precio de la vivienda empezaron a subir bruscamente en muchas zonas de Kinsasa. Es probable que estas subidas tuvieran algo que ver con la vuelta a casa de emigrantes afortunados de Europa y con el regreso de los *bana lunda*, mineros de diamantes que habían hecho su dinero en Angola y que pagaban por las viviendas al contado. Había también una burbuja provocada por los esquemas piramidales diseñados por personajes de la élite mobutista: en el frenesí por no quedarse al margen, muchos *kinois* de clase media vendieron sus casas y se convirtieron en inquilinos³³. Para cuando estos esquemas se vinieron abajo, el número de inquilinos se había incrementado de forma sustancial. Tras una breve

³¹ Cuando llovió, en la ruta principal a la universidad tuve que bajarme del combi-taxi, pagar una pequeña suma a niños de la calle para que me ayudaran a atravesar una charca cuya agua me llegaba hasta el muslo y montarme en otro taxi en la otra orilla.

³² El análisis que sigue a continuación se basa en gran medida en conversaciones con agentes inmobiliarios informales en Kinsasa.

³³ Bogomil Jewsiewicki, «Jeux d'argent et de pouvoir au Zaïre: la "bindomanie" et le crépuscule de la deuxième république», *Politique Africaine*, vol. 46, núm. 55, 1992.

pausa durante el gobierno de Laurent Kabila, los precios volvieron a despegar. Los viejos cuadros mobutistas vendieron sus casas en el centro de Kinsasa a los compinches del nuevo régimen o bien se las alquilaron al contingente de burócratas de los programas de ayuda al desarrollo que desembarcaron con Naciones Unidas³⁴. Las casas pequeñas de barrios céntricos como Gombe ahora se venden bastante por encima del millón de dólares, mientras que a los extranjeros se les alquilan allí apartamentos por al menos 5.000 dólares al mes. El *boom* inmobiliario también produjo una onda expansiva, a medida que vendedores y arrendatarios se reasentaron «a la baja» en barrios más periféricos. Para añadir gasolina al fuego, las élites congoleñas recibieron grandes flujos de dinero proveniente de los altos precios de los minerales en el mercado mundial: como la economía local no ofrecía muchas más oportunidades de inversión, la especulación inmobiliaria se convirtió en una de las válvulas de escape preferidas, quizá solo por detrás de la fuga de capitales³⁵.

Esta subida de los precios, combinada con el caótico estado del registro catastral, ha inspirado una serie de conflictos violentos en torno a áreas no urbanizadas de la ciudad, donde se han cerrado alianzas entre jefes consuetudinarios autoproclamados, facciones políticas y el capital extranjero o expatriado³⁶. A veces esto está relacionado con la aparición de espacios excluyentes (centros comerciales y comunidades valladas) que empiezan a verse en Kinsasa, y que con anterioridad a 2006 no existían en absoluto. Estos lugares miran a ciudades como Dubai y

³⁴ A los extranjeros se los considera inquilinos deseables, no sólo porque pueden permitirse pagar rentas muy altas, sino también porque se puede confiar en que de hecho paguen, a diferencia de los ricos locales, que siempre tratarán de utilizar sus contactos para renegociar los acuerdos. Un conocido mío tuvo que aparcar un cacharro destartado delante de un Jeep propiedad de un consejero político muy bien pagado que le debía miles de dólares por pagos de alquiler atrasados; terminó recibiendo el propio Jeep a modo de pago.

³⁵ En 2012, un miembro disidente del partido gobernante alegó que el por entonces primer ministro, Adolphe Muzito, había logrado hacerse con al menos cincuenta y siete propiedades en las zonas más lujosas de Kinsasa: Alex Engwete, «Kleptocracy alley (redux)», *Alex Engwete Blog*, 12 de marzo de 2012. Contactos míos que han recaudado impuestos sobre los bienes inmuebles en el centro de Kinsasa —o que al menos lo han intentado— corroboran el cuadro general de una clase dirigente cuyos miembros se han construido grandes carteras de inversiones inmobiliarias.

³⁶ Inge Wagemakers y Oracle Makangu Diki, «Governance of Urban Agricultural Space in Kinshasa: Struggle for Land (DRC)», en An Ansoms y Stefaan Marysse (eds.), *Natural Resources and Local Livelihoods in the Great Lakes. A Political Economy Perspective*, Londres, 2011; Filip De Boeck, «Inhabiting Ocular Ground: Kinshasa's Future in the Light of Congo's Spectral Urban Politics», *Cultural Anthropology*, vol. 26, núm. 2, mayo de 2011.

Guangzhou, en busca tanto de inspiración como de financiación. La Cité du Fleuve, una urbanización de lujo entre alambradas construida en el empobrecido barrio de Kingabwa sobre tierras originariamente ganadas al río por arroceros, es quizá el ejemplo más extremo de este florecimiento tardocapitalista, tan surreal³⁷. En Lemba Foire, un consorcio de construcción chino está ahora urbanizando terrenos municipales, muchos de los cuales se asignaban con anterioridad a bloques de apartamentos de alquiler que, si bien estaban en malas condiciones, daban cobijo a muchas personas. Sirviéndose de la retórica de la «regeneración urbana», tan querida por los especuladores del suelo en todas partes, sus nuevos planes incluyen la provisión de mil unidades de vivienda supuestamente «social», a un precio de 217.000 dólares cada una³⁸.

Cuando el capital se vuelve más escaso, las élites se fijan una meta menos ambiciosa: desplazar a poblaciones de gente pobre y sustituirlas por otras que buscan un sitio donde vivir. En un caso prominente, un grupo de arroceros entablaron una batalla con una sociedad, entre cuyos miembros había ministros del gobierno y oficiales de policía, que esperaba poder construir una barriada en sus tierras. Los agricultores, que han sido astutos y han tenido bastante suerte con sus propias alianzas, parece que –al menos por el momento– han ganado esta batalla, tras una serie de enfrentamientos muy duros con la policía, durante los cuales recibieron disparos de bala y gas lacrimógeno: un granjero murió, otro fue encarcelado durante más de un año y otros han quedado mutilados de por vida. A una de sus líderes, una mujer de mediana edad, amable y que se expresa muy bien, un policía le arrancó todos los dientes de un culatazo.

El éxito de los arroceros le debe mucho al hecho muy poco usual de que sus representantes en el parlamento regional y en la Asamblea Nacional –Gerard Mulumba, alias «Gecoco», y su hermano Leon– apoyaron sus protestas. Gecoco contribuyó a la causa de los agricultores difundiendo su lucha en los medios de comunicación y manipulando a las diferentes facciones en el seno del gobierno. Normalmente se le considera un pequeño delincuente, cuya presencia y estilo típicamente extravagante lleva casi dos décadas deambulando en los márgenes del escenario del poder en Kinsasa. Sin embargo, su arraigo en la comunidad donde vive ha ido empujando paulatinamente a Gecoco hacia un populismo más

³⁷ De Boeck, «Inhabiting Ocular Ground», cit.

³⁸ Radio Okapi, «Kinshasa: des “logements sociaux” hors de prix à la Fikin», *Radiookapi.net*, 8 de octubre de 2014.

auténtico: ha aportado una parte sustancial de su propio patrimonio para construir pequeños puentes en la circunscripción de Kingabwa, castigada por las inundaciones, así como para cubrir el coste de funerales y consultas hospitalarias. Ahora que ha empezado a desafiar los intereses de la élite en favor de sus electores, Geococo se ha convertido en el foco de un culto menor a la personalidad entre los habitantes de Kingabwa. Para la literatura dominante en ciencias políticas, este tipo de populismo africano es una patología que obstaculiza el desarrollo. Pero sean cuales sean sus defectos, esta política a pie de calle, que trata de establecer un contrato social más generoso entre la mayoría pobre de Kinsasa y la clase dirigente, bien puede ser la mejor esperanza para el progreso en los años venideros.

Clientelismo y alabanza

La obsesión por actuar sobre el escenario íntimo de la ciudad implica que algunos de los recursos que parecen haberse esfumado por mor de la corrupción al final terminan por gastarse en Kinsasa de todas formas. Durante el reinado de Mobutu, cortesanos como Justin Momboko, un favorito de la CIA que hizo una fortuna con el contrabando de las exportaciones de café de Zaire, se gastó una buena parte del dinero en mujeres y canciones en la capital³⁹. Es la misma dinámica que, más recientemente, se ha puesto en marcha con el crecimiento extraordinario de la ciudad en tanto que centro mediático. Durante la transición que siguió a la guerra, se lanzaron no menos de cuarenta canales de televisión de emisión en abierto, casi todos con el apoyo de figuras importantes de la clase dirigente. Esto ha generado una gran cantidad de empleos para los hijos de la deprimida clase media, aunque los salarios rara vez llegan a cubrir siquiera los costes del transporte. La proliferación de canales de televisión en uno de los mercados publicitarios menos prometedores del mundo no puede entenderse al margen de la tradición de los cantos de alabanzas. La mayoría de los periodistas reciben pagos de patrones adinerados con los que completan sus míseros salarios: patrones que unas veces son el objeto de una entrevista aduladora y otras de un informe de «noticias» que relata su progreso triunfal por uno de los barrios de Kinsasa.

Con frecuencia los ciudadanos corrientes recurren a *les grands* en busca de protección. Así, por ejemplo, cuando los *kinois* acuden a los tribunales (cosa que hacen con frecuencia, en esta ciudad tan

³⁹ C. Turner y Th. Young, *Rise and Decline of the Zairian State*, cit., pp. 60-62.

sorprendentemente dada a los pleitos) tienen el dinero a mano. Sobornar a un juez es un asunto arriesgado: si se le paga demasiado pronto, puede recibir una oferta mejor; y si se espera demasiado, se llega tarde y el asunto ya ha quedado zanjado. Lo mejor es que un *grand* haga saber que toma partido por ti. Esto contribuye a crear un entorno liliputiense, en el que a los miembros clave del gobierno y de su aparato de seguridad constantemente se les pide que intercedan en favor de los protagonistas de disputas sumamente nimias. El control de los puestos ministeriales y de los altos cargos de los partidos también le da a uno el derecho de vender empleos al mejor postor, lo que da pie a amargas disputas dentro de los partidos en torno a nombramientos aparentemente triviales: en 2013, un cuadro del PALU fue asesinado en el curso de una disputa a propósito del nombramiento de un nuevo secretario permanente⁴⁰. Más abajo en la escala, cada interacción con funcionarios del Estado es lubricada con recargos y tarifas extraoficiales. La prisión principal de Kinsasa, Makala, se llena durante el día con un ejército de intermediarios que llevan comida y medicinas a los presos a cambio de un pago a los guardias, que están sin blanca. La suma de cuatrocientos dólares suele bastar para liberarle a uno de la detención policial para un amplio abanico de delitos. Hoy en día los empleos en la función pública constituyen el único sector laboral formal que conserva su importancia, pero incluso aquí los salarios oficiales están muy por debajo del coste de la vida y, a menudo, los pagos atrasados se acumulan durante meses: la principal ventaja de estos puestos no es otra que la oportunidad que ofrecen para los chanchullos informales.

Estas redes de solidaridad e intercambio, de política y de criminalidad, funcionan también en la esfera religiosa. Las iglesias católica y protestante, que dominaron Kinsasa durante el periodo colonial y durante algún tiempo después, ignoraron en gran medida las prácticas religiosas indígenas conocidas como *kindoki*, dejando vía libre para que ancianos locales y *ngangas* de barrio llevaran a cabo una variedad de servicios comunitarios, tales como la consulta con los antepasados o la prescripción de encantamientos para asegurar el éxito en los exámenes o en la búsqueda del amor y el dinero. Esta división del trabajo se quebró a partir de la década de 1990, cuando una ola pentecostal barrió las ciudades congoleñas, en un principio de la mano de misioneros norteamericanos y luego de pastores locales, que tomaron rápidamente el

⁴⁰ «Incidents avec mort d'homme au siège du Palu: exclusions et poursuites judiciaires annoncées», *Le Potentiel*, 2 de diciembre de 2013.

relevo. Por un lado, en la teología maniquea de los pentecostales los *nganga* eran denunciados como agentes de Satanás. A medida que los lazos sociales se iban rompiendo bajo la tensión de la penuria económica, las iglesias fueron convirtiéndose en un foro para la condena de la brujería, y en este aspecto los ancianos y los niños eran especialmente vulnerables. Por otra parte, de una manera inconsciente, determinados aspectos de la tradición política centroafricana, que sólo habían ejercido una influencia soterrada desde la época colonial, fueron de nuevo devueltos a la vida pública por el movimiento pentecostal.

La posesión de espíritus y la canalización de bendiciones a través de intermediarios con un don especial (bendiciones que podían incluir cosas tales como un embarazo, la propiedad de un automóvil o un viaje a Europa) eran cuestiones que ahora caían bajo la jurisdicción de la Iglesia. Como la prosperidad era una señal del favor divino, los embajadores de Dios pasaron a ser juzgados en función de sus despliegues de riqueza: el tamaño de su iglesia, la calidad de su sistema de aire acondicionado o la opulencia de sus atuendos (ahondando en la tradición *sapeur*). Este imperativo de servir a Dios y al dinero llevó de forma natural a las iglesias pentecostales al ámbito de las confabulaciones para hacer dinero rápido. Algunos pastores se hicieron célebres por ofrecer visas a la vez que bendiciones para ayudar a la gente en su camino hacia Europa, la mayor parte de las veces con la seguridad que daba la asociación del pastor con los talleres de falsificación de documentos (que estuvieron en boga antes de la estandarización de los datos biométricos). Junto con las incesantes exigencias de *mabonza* (contribuciones) a sus rebaños, las figuras religiosas trataban de recaudar fondos por otras vías. Teleevangelistas como Frère Mukuna y Sony Kafuta («Rockman») se apoderaron de las ondas para arengar a los fieles a que votaran a Kabila, tal y como hizo el líder de la Iglesia kimbanguist, cuyos fieles creen que es la encarnación (bastante corpulenta) del Espíritu Santo⁴¹.

⁴¹ La religión también puede ser un vehículo para la contestación popular. El «arzobispo» Fernando Kutino, conocido también por sus trajes de diseño, tomó las ondas durante la campaña electoral de 2006 para disparar sermones contra el régimen. Eso le costó un proceso amañado por posesión de armas y asesinato frustrado. Aunque la acusación no logró probar nada, fue declarado culpable y sentenciado a veinte años de prisión.

La ley y el desorden

Los descendientes de los *bills* que apoyaron a Mobutu en la década de 1960 constituyen aún una parte sustancial de la vida *kinois* y hoy continúan con su afición a la música, las artes marciales y el fútbol⁴². Las efímeras alianzas que se sellaron entre estos jóvenes y *les grands* son un aspecto importante de la vida política de la ciudad, aunque rara vez se traducen en pactos duraderos (según rezaba una canción popular: «¿Nos traes cerveza y algo de comer? ¡Nos lo comeremos con arroz pero no te elegiremos!»). El estadio de Vita Club sigue siendo un crisol de insurgencia popular: los policías confiesan abiertamente su terror antes de los derbi locales, donde los ultras tiran piedras a los jugadores y le recuerdan al árbitro dónde vive. Los disturbios provocados por las derrotas pueden adquirir pronto una naturaleza política y los cánticos que se escuchan en las gradas a menudo convierten las últimas canciones célebres en pullas dirigidas al presidente. El dueño actual del club es el general Amisi Kumba, antiguo segundo al mando del ejército de la RDC. Antes de ser llamado a Kinsasa, el general Amisi estuvo destinado en el este del país, donde fue acusado de beneficiarse de la minería ilegal⁴³. Invertir en un equipo que disfruta de la fidelidad de tantos *kinois* parece ser la astuta jugada de un barón disidente cuya situación política es incierta.

De manera similar, las estrellas de la lucha popular llamada *dojo* con frecuencia son reclutadas por las facciones políticas por su capacidad de movilizar (y quizá neutralizar) a sectores de las clases populares. Esto complementa la práctica de pagar a gente para que asista a los mítines electorales: la tarifa actual por asistente es de cinco dólares, pero aquellos que ofrezcan algún tipo de protección o una demostración de fuerza cobran más⁴⁴. Una confrontación política de gran envergadura que tuvo lugar en la capital en 2010 enfrentó al magnate de la televisión

⁴² Leon Tsambu-Bulu, «Musique et violence à Kinshasa», en Theodore Trefon (ed.), *Ordre et désordre à Kinshasa: Réponses populaires à la faillite de l'État*, París, 2004; Katrien Pype, «Fighting Boys, Strong Men and Gorillas: Notes on the Imagination of Masculinities in Kinshasa», *Africa. Journal of the International African Institute*, vol. 77, núm. 2; Kristien Geenen, «“Sleep Occupies No Space”: The Use of Public Space by Street Gangs in Kinshasa», *Africa: Journal of the International African Institute*, vol. 79, núm. 3, 2009.

⁴³ Thomas Fessy, «Congo General “Profits From Blood Gold”», *BBC News*, 10 de noviembre de 2010.

⁴⁴ Un respetado amañador me confió que él facilitaba protección en acontecimientos a cambio del pago de 1.500 dólares: 500 para él, 250 para su ayudante y 25 dólares para cada uno de los treinta hombres alimentados con cerveza, whisky o hachís.

y diputado Puis Muabuili y a Deogratias Indulu; ambos hombres pertenecían a facciones rivales del movimiento del Parti du Peuple pour la Reconstruction et la Démocratie (PPRD) de Joseph Kabila. Con ocasión de una conferencia local del partido, este enfrentamiento terminó en choques violentos entre los partidarios de las dos facciones: aquella vez Indulu se llevó la victoria con la ayuda de «Chaleur», un antiguo campeón africano de judo, y sus jóvenes seguidores. En las elecciones nacionales que siguieron, Chaleur y sus matones trajeron a multitudes a los mítines del PPRD, mientras saboteaban las concentraciones de la oposición y reducían la sede del UDPS a cenizas⁴⁵. La lógica electoral de todo esto era oscura, ya que las acciones de Chaleur y sus seguidores a menudo incrementaban la hostilidad de los *kinois* hacia el régimen. Los propios Chaleur e Indulu fueron obligados a huir con protección del ejército cuando la población local empezó a lanzar objetos contra un mitin pro Kabila en Matete, sirviéndose de la mercancía aprehendida en un mercado de hierros de los alrededores (los lugareños fueron luego a «darle una lección a Chaleur» en su propio distrito de Ngaba, y sólo los disparos de bala los hicieron desistir).

La utilización de hombres jóvenes y pobres durante la campaña electoral alimentó el pánico a los *koluna* (un término que se refiere a los matones con machete que se decía que iban a tomar Kinsasa y que, como era de esperar, en la imaginación popular se asocian al régimen de Kabila). En un intento por mejorar su imagen, el gobierno de Kabila recurrió al populismo punitivo en 2013 con la *opération Likofi* («operación gancho»). Escuadrones de la muerte policiales pertrechados con armas cortas fueron enviados al anochecer en camionetas estilo *pick-up* para eliminar a los infractores reincidentes. A medida que la operación iba culminando, se abrió una línea directa que permitía a los ciudadanos «comprarse un *koluna*»; un corte de pelo un poco llamativo o unas chanclas (supuestamente los signos distintivos de un *koluna*, pero en verdad simplemente el uniforme de todo *kinois* que sea pobre, joven y hombre) podían resultar fatales. Human Rights Watch reportó al menos cincuenta y tres ejecuciones confirmadas⁴⁶. Los ministros del gobierno emitieron desmentidos con sonrisitas de suficiencia para consumo del extranjero: en Kinsasa no engañaban a nadie.

⁴⁵ No es que los seguidores de Tshisekedi fueran tampoco muy pacíficos: el día antes militantes del UDPS habían arrojado bombas de gasolina a los edificios del PPRD.

⁴⁶ Human Rights Watch, *Operation Likofi. Police Killings and Enforced Disappearances in Kinshasa, DRC*, Nueva York, 2014; Kristien Geenen, «Operation Likofi: Cleaning the Streets with a Punch», presentación en la conferencia de la African Studies Association, 2014.

El final de la partida

En la escena política de Kinsasa, la tragedia y la farsa nunca han sido géneros dramáticos claramente discernibles entre sí. El segundo mandato de Joseph Kabila expira al final de 2016, pero hay pocas señales de que él o su partido vayan a irse tranquilamente. A medida que se acerca el día de la partida, los intentos del entorno de Kabila por aferrarse al poder adoptan cada vez más el tono de una farsa, pero también recuerdan a las jugadas tramposas y trágicas con las que en su día Mobutu buscaba ganar tiempo. Al propio Kabila rara vez se lo ha visto cómodo en Kinsasa. Nunca ha llegado a hablar con fluidez el *lingala*, que es la lengua principal; en una ciudad donde la educación superior es una especie de religión, con unas cualificaciones de las que se alardea públicamente, Kabila careció durante muchos años de diploma universitario. A veces parece mareado durante las apariciones públicas y pasa demasiado tiempo en un rancho en las afueras de la ciudad. En una capital como esta, que está entre las más locuaces, la marca más visible de la personalidad de Kabila no proviene de sus raros pronunciamientos públicos, sino de su amor por el volante: se niega a contratar a un chófer, así que parte de la cabalgata presidencial es la imagen del propio Kabila entrando y saliendo de la ciudad a gran velocidad.

Mientras los aliados de Kabila buscan pretextos para aplazar las próximas elecciones, las fuerzas de seguridad se emplean a fondo contra los disidentes. En junio de 2015, la policía lanzó una redada contra un mitin en Kinsasa organizado por Filimbi, un movimiento paraguas de agrupaciones de jóvenes congoleños, y arrestó a los participantes. Dos de ellos fueron luego acusados de «conspiración contra el Estado» e incitación a la revuelta; si se los declara culpables, podrían ser condenados a la pena de muerte. En aquel mitin, al régimen parecían darle especial miedo los participantes venidos de Burkina Faso y Senegal: en ambos países, movilizaciones lideradas por jóvenes han forzado recientemente la salida de líderes que querían extender su tiempo en el cargo indefinidamente. Una nueva generación de estudiantes activistas congoleños, inspirada por estos ejemplos, está dispuesta a arriesgarse. Sin duda, la oposición política estaría feliz de instrumentalizar su valentía para echar a Kabila y tomar el poder. Sin embargo, su candidato más probable para la presidencia, el antiguo gobernador de Katanga Moise Katumbi, ha tenido mucho cuidado en ofrecer garantías a los poderes fácticos en casa y en el extranjero (también a las compañías mineras, como no podía ser

menos), y es poco probable que, si llega a reemplazar a Kabila, lleve a cabo ninguna ruptura seria con el pasado.

Muchos *kinois* están hambrientos de cambio. Por ahora, la calle está más que contenta de entonar los cánticos constitucionalistas que promueven los activistas, los políticos de la oposición y la Iglesia Católica. Cuando la selección de fútbol de la RDC regresó victoriosa de una final en febrero de 2016, fueron recibidos por la multitud en el aeropuerto al grito de «¡Kabila, entérate, tu mandato ha terminado!», dando la vuelta así a las tentativas del régimen de sacar tajada propagandística del evento. Pero aunque la mayoría pobre no es indiferente a las demandas liberales de los activistas mejor formados, se necesitaría algo más potente para transformarlas en una fuerza política fiable. Los activistas burkineses, cuya presencia tanto perturbó a las autoridades congoleñas, debían gran parte de su efectividad a la memoria de Thomas Sankara, así como a la tradición jacobina, más asentada en su país: allí las clases populares entendían perfectamente el vínculo que existe entre las cuestiones constitucionales y sus propias preocupaciones económicas. En la RDC, en cambio, ninguno de los pesos pesados de la política ve en el populismo económico de los pobres nada más que un juego de salón. Por ahora, el teatro de la distribución de las élites que caracteriza la cultura de Kinsasa sigue siendo un simple acto de la función.